

á ser enviado á predicarlas la palabra de Dios, volvieron á levantar el grito, diciendo al tribuno: Quita de sobre la tierra á este hombre, porque no es justo que viva. Y como diesen alaridos, y arrojasen sus capas, y echasen polvo al aire, el tribuno mandó meter á Pablo en el campamento y que le azotasen y diesen tormento, á fin de saber por qué causa clamaban así los Judíos contra él. Mandó que le atasen á un poste y apretasen con correas, como hacían los Romanos con los esclavos, y cuando iba á ser tratado como estos, no permitió que se llegase á un extremo que, mas que cruel, era ignominioso. Se volvió muy sereno al centurion, y le dijo: ¿Os es lícito azotar á un ciudadano romano, y sin ser condenado? Cuando lo oyó el centurion, fué al tribuno y le dió aviso, diciendo: Mira lo que vas á hacer, porque este hombre es un ciudadano romano.

Entonces vino á san Pablo el tribuno y le pregunto: ¿Díme si eres tú ciudadano romano? Sí, le dijo san Pablo. Yo, dijo entonces el tribuno, no alcancé este privilegio de ciudadano sino por una gran suma de dinero. Pues yo, contestó san Pablo, lo soy por nacimiento. Á punto se apartaron de él los que le habian de dar el tormento, y aun el tribuno entró en temor luego que supo que era ciudadano romano, por haberle mandado atar y azotar.

Mas de cuarenta Judíos hacen voto de no comer ni beber hasta matar á san Pablo.

Desesperados los Judíos al verse en visperas de perder su presa por la resolucion que habia formado el tribuno de conservar á san Pablo en el campamento, tomaron una determinacion que solo inspira un celo feroz. Hicieron voto mas de cuarenta de no comer ni beber hasta matar á san Pablo. El voto era de los mas execrables que podian hacerse. En su pronto cumplimiento estaban

interesadas las vidas de todos, pues á pocos dias que pasasen sin cumplirle moririan todos de sed y de hambre; pero ¿y cómo ejecutar esta muerte? No les era posible forzar la ciudadela donde estaba custodiado el apóstol, y hé aquí el medio que discurrieron para vencer este obstáculo. Fueron á hablar á los príncipes de los sacerdotes, y les dijeron: Nosotros hemos hecho un voto de no gustar cosa alguna que hayamos muerto á Pablo. La dificultad está en sacarle de la ciudadela, donde está custodiado, y á vosotros toca vencer este obstáculo. Haced entender al tribuno que os le saque á fuera, como que quereis conocer alguna cosa mas cierta acerca de él, y nosotros estaremos esperando para matarle antes que llegue á vosotros. San Pablo, que ignoraba la terrible conspiracion que se armaba contra su vida, no podia evitarla; pero Dios, que no queria que se lograse tan perverso intento, hizo que se desconcertase. Era esta una de aquellas ocasiones en que nunca falta la divina Providencia á sus fieles siervos, que ponen sus intereses en sus divinas manos. Hagan ellos lo que dicta una prudencia cristiana, y la mano del Señor hará sin manifestarse lo que no alcanzan á hacer sus fuerzas.

Tenia san Pablo una hermana, cuyo hijo estaba en Jerusalén, y supo este con tiempo la horrible conspiracion contra la vida de su tio. En el momento corrió á la ciudadela, y la hizo saber á san Pablo, quien llamando á uno de los centuriones, le dijo: Lleva este jóven al tribuno, porque tiene un aviso importante que darle. Y tomándole el centurion le llevó al tribuno, y le dijo: El preso Pablo me ha rogado que traiga á ti este jóven, porque tiene que hablarte. Entonces llevándole el tribuno de la mano y retirándose con él, le preguntó: ¿Qué es lo que tienes que decirme? Y el jóven le dijo: Les Judíos han concertado rogarte que presentes mañana á Pablo en el concilio, como que quieren saber de él alguna cosa mas cierta; pero tú no les creas, porque hay mas de cuarenta de ellos que le asechan y han vo-

tado no comer ni beber hasta que le maten, y ya estan prevenidos esperando que accedas á su súplica. Entonces el tribuno despidió al jóven, encargándole que á nadie dijese que le habia dado este aviso, y llamando á dos centuriones, les dijo: Aprestad doscientos soldados (que eran la fuerza de los dos centuriones), para que vayan hasta Cesárea. Tambien irán setenta de á caballo con doscientas lanzas; preparad cuanto antes caballería para que vaya Pablo en ella y sea conducido con toda seguridad al gobernador Félix, pues vuestra salida de aquí ha de ser á las nueve de esta noche. Temió el tribuno que se arrebatasen los Judíos, y despues le calumniasen de haber recibido dinero (por dejar que le matasen). Dispuestas así las cosas, el tribuno de Jerusalem acompañó al gobernador de Cesáreo una carta escrita en estes términos:

**Carta de Lisias, tribuno de Jerusalem, á Félix,
gobernador de Cesárea.**

Claudio Lisias al óptimo gobernador Félix, salud. Á este hombre que prendieron los Judíos, y estaban á punto de matarle, sobreviniende con mi tropa, le libré entendiendo que Romano; y queriendo saber el delito de que le acusaban, hallé que era sobre cuestiones de su ley, sin haber él delito alguno que mereciese muerte ó prisión. Mas habiéndoseme avisado que los Judíos le preparaban asechanzas, le envié á ti, intimando tambien á sus acusadores que vayan á acusarle delante de ti. Ten salud. Los soldados tomaron á san Pablo, segun la órden que se les habia dado, y lo llevaron de noche á Antipatride, ciudad marítima de la Palestina, edificada por Herodes el Grande en honor de Antípatro, su padre, y bastante distante de Jerusalem. El dia siguiente se volvieron los soldados de á pié á la guarnición (por no juzgarlos ya necesarios), y dejaron á los de á caballo que fue-

sen con él. Cuando llegaron á Cesárea, entregaron la carta al gobernador y presentaron á san Pablo delante de él. Habiéndola leído, le preguntó de qué provincia era, y sabido que era de Cilicia, le dijo: Te oiré mañana cuando vinieron tus acusadores. Y dió órden para que fuese custodiado en el pretorio de Herodes, que era un palacio magnífico, mandado edificar por este príncipe.

Acusacion de los Judíos contra san Pablo delante de Félix.

Despues de cinco dias vino Ananías, príncipe de los sacerdotes, con algunos ancianos, y un cierto Tertulo, grande orador, y comparecieron ante el gobernador contra san Pablo. Este fué presentado por sus guardas para ser acusado. Tertulo habló el primero, y dió principio á su arenga con este cumplimiento. Muy excelente ¡ó ilustre Félix! dijo: gozando por vuestra vigilancia y cuidados de gran paz, vivimos siempre muy reconocidos á vuestros beneficios. Mas sabiendo que no es justo quitarnos el tiempo que tanto necesitais para el desempeño de las grandes obligaciones que pesan sobre vos, vengo desde luego á la acusacion de que estoy encargado.

Hallamos que este (señalando á Pablo) es un hombre pestífero, que mueve sediciones entre los Judíos en todo el mundo, y que es el autor de esa secta que llaman de los Nazarenos. Ha querido profanar el templo y habiéndole prendido en él, tratámos de juzgarle segun nuestra ley, pero vino el tribuno Lisias con gran fuerza de soldados y le arrancó de nuestras manos, mandando que sus acusadores viniesen á ti. De Lisias podrás conocer en juicio todas las cosas de que le acusamos; y añadieron los Judíos que estaban presentes: Todo eso es cierto. Entonces el presidente hizo señal á Pablo que contestase.

Defensa de san Pablo.

Hace muchos años, dijo Pablo, que eres el juez de esta gente, y con este conocimiento satisfaré á las acusaciones que se me hacen. Puedes tener noticia que no hace sino doce dias que subí á adorar en Jerusalem, y nadie en este tiempo me ha encontrado disputando con alguno ó reuniendo la turba, ni en el templo, ni en las sinagogas, ni en la ciudad; y nada pueden probar de todo cuanto me acusan. Mas te confieso, que segun mi doctrina, á la que llaman herejía, sirvo á Dios mi Padre. creyendo todas las cosas que estan escritas en la ley y los profetas, teniendo en Dios mi esperanza de la resurreccion futura de los justos y los inicuos, como la esperan tambien ellos. En esto procuro tener limpia mi conciencia delante de Dios, y sin ofensa delante de los hombres. Despues de muchos años vine á Jerusalem para hacer limosnas y presentar mis ofrendas. Ellos me hallaron purificado en el templo ocupado en estas obras piadosas, y léjos de todo tumulto; pero ciertos Judíos que subieron del Asia, y que convenia que estuviesen presentes para acusarme, podrian decir si tenian algo contra mí y si han hallado iniquidad en mí.

Félix estaba íntimamente convencido por esta relacion, y las noticias que ya él tenia despues de tantos años que gobernaba en la Judea, de que el género de vida que hacia su preso, era el camino de la verdadera inocencia y de las costumbres puras, y el lazo mas estrecho que unia la sociedad con las potestades legítimas; pero no tuvo el valor de absolver á san Pablo, aunque tampoco la flaqueza de condenarle, y tomó el partido de remitir el negocio para mejor tiempo. Cuando el tribuno Lisias, dijo, bajare acá, os oiré. Los Judíos salieron despechados de la presencia de Félix, y tuvieron la mortificacion de esperar á que bajase Lisias, bien que siempre dispuestos á concluir con san Pablo si se presentaba oca-

sion; pero Dios no la permitió. El interés de su gloria y la seguridad de su siervo pedian que san Pablo permaneciese preso y bajo de la seguridad pública hasta que pasase á Italia; mas no queria el Señor que la prision de su siervo fuese ya penosa. Las disposiciones del gobernador sirvieron á los designios de la divina Providencia. Mandó llamar al centurion bajo de cuya custodia ponía á san Pablo; y le advirtió que en nada se le molestase y que se le dejase vivir en paz; añadiendo: que se permitiese entrada franca á todos aquellos de los suyos que quisiesen visitarle, acompañarle, ó socorrerle.

Viene Félix á la prision de san Pablo con su esposa Drusila.

Á pocos dias vino á la prision Félix con su esposa Drusila, que era Judía, y llamando á san Pablo, oyó de él la fe de Jesucristo. Mas habló san Pablo con tanta eficacia y fervor acerca de la justicia, de la castidad, y sobre todo del juicio tremendo que á todos nos espera, que estremecido Félix, le dijo: En cuanto á eso que dices, basta por ahora, yo te llamaré en tiempo oportuno. Mas parece que este tiempo oportuno, que era el de la gracia y estaba para llegar, ya no llegó por no haber sido recibido cuando se presentaba. ¡ Cosa terrible es no responder á los llamamientos de la gracia! Félix volvió muchas veces á hablar con san Pablo, pero en vez de continuar hablando con él de aquel juicio espantoso que le habia hecho temblar, no hablaba sino de los intereses que esperaba de san Pablo para concederle la libertad. Mas el apóstol estaba muy léjos de este pensamiento, y Félix perdía el tiempo. Dos años pasaron recibiendo el buen apóstol estas visitas, y habrian pasado mas si Félix no hubiera recibido un sucesor en Porcio-Festo. Era natural que Félix, al dejar su gobierno, diese libertad á

un preso cuya inocencia y virtud conocia, y que habia sido bastantemente castigado con dos años de prision, aun cuando se le quisiera mirar como un delincuente; pero á la pasion del dinero, sucedió en Félix la pasion de la ambicion y el deseo del favor, y á fin de quedar con-
graciado con los Judíos que podian favorecerle en Roma con sus buenos informes, dejó en la cárcel al inocente.

Apela san Pablo al César.

Festo, habiendo llegado á Cesárea, salió de esta ciudad para Jerusalem á los tres dias, y luego se le presentaron en aquella capital los príncipes de los sacerdotes y los primeros de los Judíos contra san Pablo, pidiéndole la gracia de que mandase traerle á Jerusalem, teniendo siempre tendidos sus lazos para matarle en el camino. Dios gobernó aquí la lengua de Festo para la salud de su siervo. Pablo, les respondió, se conserva en Cesárea. Yo salgo luego para aquella ciudad, vengan conmigo los principales de vosotros, y si hay algun delito en este hombre, acúsenle allí. Festo solo se detuvo en Jerusalem de ocho á diez dias, y al cabo de ellos bajó á Cesárea. El dia siguiente á la llegada se sentó en su tribunal y mandó que le trajesen á Pablo. Cuando fué presentado, le rodearon los Judíos que habian bajado ya de Jerusalem, segun la invitacion de Festo, y le acusaban de muchos y graves delitos, que no podian probar; mas san Pablo se defendia, diciendo: En nada he pecado, ni contra la ley de los Judíos, ni contra el templo, ni contra el César. Entonces Festo, queriendo congraciarse con los Judíos, preguntó á Pablo, ¿quieres subir á Jerusalem y ser juzgado allí de estas cosas delante de mí? y san Pablo respondió: Estoy ante el tribunal del César, en el cual me conviene ser juzgado, Ningun mal he hecho á los Judíos, como tú mejor lo sabes, y si les he hecho algun agravio, ó alguna cosa digna de muerte, no rehusó morir. Mas si

nada hay en mí de lo que estos me acusan, nadie puede entregarme á ellos. Al César apelo. Entonces Festo, despues de hablar con sus consejeros, respondió: Al César apelaste, pues al César irás. Pasados algunos dias el rey Agripa y Berenice, su hermana, vinieron á Cesárea á visitar á Festo, y deteniéndose allí muchos dias, Festo dió noticia desan Pablo al rey, y le refirió, segun queda dicho, todo lo que habia hecho con él y con los Judíos desde que entró en el gobierno hasta el dia. Pues yo tambien queria oír á ese hombre, dijo el rey. Mañana le oiréis, dijo Festo.

Es presentado san Pablo al rey Agripa y á su hermana Berenice.

Y al otro dia, viniendo Agripa y Berenice con grande ostentacion, y habiendo entrado en la audiencia acompañados de los tribunos y personas principales de la ciudad, san Pablo les fué presentado por Festo, diciendo: Ved aquí este hombre contra quien todo el pueblo de los Judíos recurrió á mí en Jerusalem, pidiendo á grandes voces que no convenia que viviese mas tiempo, pero habiéndole yo examinado, no hallé que haya hecho cosa digna de muerte, y preguntándole si queria ir á Jerusalem y que le juzgasen los Judíos delante de mí, me contestó que se hallaba en el tribunal del César, que en él convenia que se le juzgase; y como él mismo ha apelado á Augusto, he determinado enviársele; pero no tengo cosa cierta que escribir al emperador, y quisiera que vosotros, y particularmente el rey, le examináseis para tener que decirle; porque me parece sin razon enviar un hombre preso y no informar de las acusaciones que se le hacen.

Hace su defensa delante del rey.

Entonces el rey, dirigiéndose á san Pablo, le dijo: Se te permite hablar y hacer tu defensa por tí mismo; y san Pablo, haciendo con la mano señal de silencio, dijo: Debiendo yo hacer hoy mi defensa en tu presencia ¡ó rey Agripa! de cuanto me acusan los Judíos, me tengo por dichoso; tanto mas, cuanto tú, siendo Judío y rey de Judíos, sabes mejor las cosas, las costumbres y las cuestiones que hay entre ellos; por lo cual yo os suplico que me oigais con paciencia.

La vida que yo hice en Jerusalem entre los de mi nacion desde el principio de mi juventud la saben todos los Judíos, los cuales me conocen desde mis principios, si quieren dar de ello testimonio; porque yo, segun la doctrina mas segura y severa de nuestra religion, viví fariseo; y ahora soy acusado en juicio por esperar la promesa que fué hecha por Dios á nuestros padres, la cual nuestras doce tribus, sirviendo á Dios de noche y de día, esperan ver cumplida. Por esta esperanza ¡ó rey! soy acusado de los Judíos; pues yo á la verdad habia pensado en aquel tiempo que debia hacer la mayor resistencia contra el nombre de Jesus Nazareno; y así lo hice en Jerusalem, encerrando en cárceles á muchos santos, habiendo recibido poderes de los príncipes de los sacerdotes para perseguirlos, y cuando los hacian morir, yo consentia tambien en estas muertes; y castigándoles cruelmente en las sinagogas, les obligaba á blasfemar; y enfureciéndome mas y mas contra ellos, los perseguia hasta en las ciudades extrañas. Pero un día que corria yo á Damasco con los poderes de los príncipes de los sacerdotes, ví al medio del día ¡ó rey! en el camino una luz del cielo que sobrepujaba á la luz del sol, la cual me rodeó y á todos los que iban conmigo, y habiendo caido todos en tierra, oí una voz que me decia: ¡Saulo! Saulo! ¿Porqué me

persigues? Dura cosa es para tí dar coces contra el aguijon; y yo dije: ¿Quién sois, Señor? Y el Señor dijo: Yo soy Jesus, á quien tú persigues. Mas levántate y está sobre tus piés. Por esto me he aparecido á tí, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto y que verás en mis apariciones.

De este lugar se infiere que Jesucristo se apareció muchas veces al santo apóstol y le reveló grandes y profundos misterios. Y aunque no tenemos una relacion circunstanciada de todas, la tenemos de algunas, y muy particularmente de la que nos refiere él mismo en la carta segunda á los Corintios, donde nos dice que fué arrebatado hasta el tercer cielo y que oyó arcanos que ni él puede decir, ni los hombres entender. Mas yo ¡ó rey Agripa! continuó san Pablo, no fui desobediente á la vision, sino que prediqué primero en Damasco, y despues en Jerusalem y en toda la tierra de Judea, y á los gentiles, que se convirtiesen á Dios é hiciesen obras dignas de penitencia. Por esta causa estando yo en el templo, me prendieron los Judíos y me quisieron matar; mas asistido del auxilio de Dios permanezco hasta el día de hoy dando testimonio á chicos y á grandes, y no diciendo otras cosas fuera de las que dijeron los profetas y Moisés que habian de suceder. Esto es, que Cristo habia de padecer y morir, y que habia de resucitar de entre los muertos para no volver á morir. Diciendo san Pablo estas cosas en su defensa, dijo Festo en alta voz: Pablo, estás fuera de tí. Tus muchas letras te han sacado de sentido; y san Pablo le contestó: No estoy fuera de mí ¡óptimo Festo! sino que hablo palabras de verdad y sobriedad; porque estas cosas son del conocimiento del rey, en cuya presencia hablo con toda libertad, pues creo que nada de esto se le oculta, porque no han pasado estas cosas de Jesucristo en algun rincón, sino en Jerusalem, en Judea y en toda la Palestina, y han sido anunciadas y escritas por Moisés y los profetas. ¡Ó rey Agripa! ¿Tú crees á los profetas?

¡Ah! Yo sé que los crees. Entonces Agripa dijo á san Pablo : Por poco me persuades á hacerme cristiano. Pluguiése á Dios, dijo entonces san Pablo, que por poco y por mucho, no solamente tú, sino tambien cuantos me oyen, fuéseis hechos hoy tales cual yo soy, esto es, cristianos.

Habiendo oído á san Pablo, se retiraron el rey, su hermana y el gobernador Festo.

Luego que concluyó san Pablo, el rey, el presidente y Berenice se levantaron y los que estaban con ellos, y aunque por desgracia no se habian convertido, como no eran Judíos enemigos de san Pablo, no creyeron que san Pablo era culpable. Festo, que lo habia tratado de enajenado, conoció su error, viendo que el rey y la princesa, mejor instruidos que él de las cosas de los Judíos, no pensaban como él. Habiéndose retirado los tres, hablaron del asunto y convinieron en que san Pablo nada habia hecho digno de muerte, ni de prisiones. Este hombre, dijo Agripa á Festo, podia ser puesto en libertad si no hubiera apelado al César; pero su apelacion es pública y nada puede hacerse en su favor. ¡Consejo poco digno de una persona real que tenia tantos medios para dar alivios y dispensar favores á un inocente, ya que no hubiese rendido su corazon á un discurso que le hacia balancear y debia convencerle! Declarado Pablo inocente, ya solo se trataba de que fuese conducido á Roma, adonde le llamaba su divino Maestro, y adonde era preciso que fuese preso y custodiado por una escolta de tropa suficiente para evitar las emboscadas y sorpresas de sus enemigos, y que llevase sus cadenas para el cumplimiento de los divinos oráculos.

Viaje de san Pablo de Cesárea á Roma.

Casi un mes despues del pasaje que acabamos de referir, el gobernador determinó enviar á san Pablo por mar á Roma con otros presos, á la órden de un centurion, llamado Julio, de la cohorte Augusta. Lúcas, compañero inseparable de san Pablo, desde su prision en Jerusalem, quiso acompañarle, y tambien Aristarco, aquel discípulo fiel que estuvo para ser víctima en Efeso de la sedicion del platero Demetrio. Reunidos todos en Cesárea, se embarcaron en su puerto. El dia siguiente arribaron á Sidon, poco distante de Cesárea, pero ya en esta corta distancia san Pablo se habia ganado la estimacion del oficial Julio. Un santo, aunque vaya confundido con los delincuentes, lleva en su semblante y en todas sus acciones un no sé qué de respetable y venerable que luego le descubre. Bien presto conoció Julio la diferencia que debia hacer entré Pablo y los otros presos. La navegacion fué larga y de continuas borrascas, y solo despues de seis meses pudieron arribar á la isla de Malta ó Melita; pero sin navío ni cosa alguna de cuanto llevaban, porque todo fué presa del furioso elemento. Solamente las personas, que eran doscientas y setenta y seis, se salvaron del naufragio, y eso por atencion á san Pablo, que fué el ángel tutelar de todas estas personas durante el viaje, y á quien debieron su vida.

Toman tierra en la isla de Malta, donde son fomentados con toda caridad por aquellos isleños.

Estaba situada la isla entre Sicilia, que pertenecia á la Italia, y aquella punta del Africa que llamaban Berbería; porque los Romanos trataban de bárbaros á todos aquellos que no tenian las costumbres de Roma, y

no hablaban la lengua romana. Sin embargo estos bárbaros acaso eran mas humanos que los políticos y finos Romanos. Movidos de la desgracia de tantos infelices que, despues de haberse librado de tan larga y deshecha tormenta, iban á perecer de frio y de miseria, nada perdonaron para su socorro. Lo primero que vieron fué, que estaban penetrados y tiritando de frio, porque una lluvia helada habia sobrevenido á sus demás trabajos. Juntaron mucha leña, y encendiendo una grande hoguera, hicieron que todos se sentasen al rededor de ella.

Una víbora se clava de una mano de san Pablo y no le hace daño.

San Pablo, mas ocupado de la necesidad ajena que de la suya propia, acudió de los primeros á recoger y traer leña; mas entre la que trajo, vino una víbora como muerta, y reanimada del calor, se clavó de la mano de san Pablo y quedó colgada de ella. Cuando vieron los isleños colgada la víbora de la mano de Pablo, se decian unos á otros: Sin duda este hombre es un homicida, pues habiendo salido de la tormenta, su delito no le deja que viva. Pero san Pablo, sacudiendo la víbora en la lumbre, se halló sin daño alguno. Ellos esperaban que Pablo se iria hinchando y caeria muerto de repente. Mas despues de haber esperado largo rato; cuando vieron que ningun mal le sobrevenia, mudando de sentimientos, dijeron que Pablo era dios. San Pablo no podia permitir esta nueva é idolátrica idea y procuró desengañarles, haciéndoles ver que solo podia tenerse y adorarse por Dios al Criador del cielo y la tierra. Desde entonces las víboras de esta isla no son venenosas, y este prodigio se atribuye á san Pablo.

El principe de la isla, llamado Publio, tenia sus haciendas en la ribera en que habian tomado tierra los

pobres náufragos. Supo luego todo lo ocurrido y lo que habia sucedido á san Pablo con la víbora, y deseó verle en su casa. San Pablo se presentó gustoso en ella con sus dos compañeros, Lúcas y Aristarco, y estuvo allí tres dias muy obsequiado por Publio, quien recibió un premio abundante por su hospitalidad.

Sana san Pablo al padre del principe de la isla, y toda se convierte.

Era Publio gentil, y tenia en casa á su padre hacia ya mucho tiempo con calentura continúa y sufriendo una molesta disentería. San Pablo entró á visitarle, y despues de hacer oracion, le impuso las manos y le sanó. Este milagro se divulgó luego por toda la isla, y todos traian á san Pablo sus enfermos. El apóstol oraba por ellos, les ponía las manos y todos quedaban sanos. La conversion fué rápida y general, y estos nuevos cristianos cuidaron con esmero en este tiempo de sus doceientos setenta y seis extranjeros. No creyeren conseguir, aunque lo deseaban con ansia, que un san Pablo, destinado á llevar el nombre de Jesucristo á la capital del mundo, se quedase, ni aun se estoviese por mas tiempo con ellos; pero se consolaron con proveerles en abundancia de todo lo necesario para su viaje. Habia invernado en Malta el navío *Castor*, procedente de Alejandría. El centurion Julio ajustó con su capitán el embarque para Roma, y los navegantes dieron un tierno á Dios á sus bienhechores isleños y estos á sus buenos huéspedes, particularmente á Julio, y sobre todo á san Pablo, á quien miraban como su padre en la fe y su amado apóstol.